

INSTITUCION PROFESIONAL SALESIANA

Ronda Don Bosco, 3 - Teléfono 208 76 40

M A D R I D - 2 5

Queridos Hermanos:

La Comunidad del Seminario de Coadjutores de Carabanchel Alto (Madrid), os participa que el pasado día 21 de diciembre volaba al Cielo nuestro querido coadjutor:



DON ALFONSO MARTINEZ DIAZ

Contaba casi los ochenta y dos años de edad cuando le sobrevino de improviso la muerte por un paro cardíaco. Su delicado estado de salud, debido a una insuficiente circulación sanguínea y a una pertinaz bronquitis, hizo que el corazón de nuestro querido don Alfonso dijera: «basta». Y así, a las cinco de la mañana, como quien madruga para no molestar a quienes todavía descansan, voló a la Casa del Padre.

Es de imaginar la impresión que esta noticia produjo en pequeños y grandes. Los postulantes y aspirantes coadjutores retrasaron, gustosos, su salida de vacaciones para poder acompañar a su querido don Alfon, como cariñosamente le llamaban, con quien departieron tantos buenos ratos y de quien aprendieron la manera sencilla de vivir la consagración religiosa.

Don Alfonso nació en La Habana (Cuba), el día 2 de julio de 1897, siendo sus padres Salvador y Mercedes.

A la edad de treinta años (1927) entró, como vocación tardía, en el Colegio Salesiano de Santander para hacer su aspirantado. Hizo su noviciado en Carabanchel Alto, donde profeso el año 1929. Fue destinado a Orense y más tarde a Baracaldo, entregándose con gran ilusión a su labor de maestro-educador, en tiempos en que la relación alumno/profesor era de 60 niños y más.

En julio de 1936 se encontraba en Mohernando para hacer los Ejercicios Espirituales que culminarían con su definitiva consagración al Señor. El mismo

día de su profesión perpetua, poco después de comer, vieron con sorpresa a un grupo de personas que, por el aspecto que traían, no venían precisamente a felicitártelos. Era un grupo de milicianos. Como quiera que el jefe que mandaba el pelotón era antiguo alumno de don Felipe Alcántara, allí presente, el susto quedó «sólo» en ser conducidos todos los moradores del Noviciado de Mohernando, unos 80, a la cárcel de Madrid, pasando antes por la Dirección General de Seguridad.

En la cárcel permaneció don Alfonso nueve meses. El resto de la guerra lo pasó en el batallón de castigo denominado Batallón Auxiliar de Fortificaciones, trabajando en la construcción del llamado «ferrocarril de los 40 días».

Don Alfonso pasó durante la guerra toda la miseria y hambre que quiso. Sufrió presiones de unos y otros, pero no pudieron arrancarle la paz y serenidad de espíritu, ni su fino humor y su gran amor a Don Bosco y a la Congregación.

Terminada la guerra, realizó su apostolado en Béjar, Baracaldo, San Blas, Colegio de Huérfanos de Ferroviarios y, finalmente, en Carabanchel Alto, donde pasaría los diecisésis últimos años de su vida.

¿Qué decir de este humilde y sencillo Coadjutor Salesiano? Pues, quizás simplemente esto: que vivió su larga vida de salesiano de una manera pobre, sencilla y humilde, como si de lo más natural del mundo se tratara. Tuvo siempre un gran respeto a la Regla y a quien encarnaba en las comunidades la figura de Don Bosco. Estuvo dotado de un fino sentido del humor, del que supo aprovecharse para verse rodeado de pequeños y grandes, a quienes hacía llegar su oportuna palabra. Atento y delicado con todos, supo apreciar y agradecer las atenciones que con él se tenían. Sus antiguos alumnos dirán que don Alfonso fue un salesiano trabajador, muy amante de los niños y muy familiar. Su antiguo Inspector, hoy miembro del Consejo Superior, don José Antonio Rico nos dice de él: «Ha vivido larga vida (ochenta y un años y medio), sacrificada, apostólica (hablen los ancianos), humilde, piadosa: nos deja un buen ejemplo, sobre todo el de una dirección tomada y no desviada hasta el fin; aunque, como humano, habrá tenido "pinchazos" en su caminar. Que él sea otro intercesor por esa Casa, Coadjutor por Coadjutores».

Transcribimos aquí la carta que, con motivo de la muerte de don Alfonso, nos escribió el Coadjutor Salesiano don Agustín Septién. Fue su compañero de noviciado, compartió con él diecisésis años de labor docente en Baracaldo y fue, según frase del propio don Alfonso, su mejor amigo.

Dice así: «Señor Director. Agradezco el gesto fraternal de su Comunidad por los mimos y atenciones que han tenido con mi compañero de noviciado don Alfonso Martínez, teniéndole como su mayor tesoro.

Fue vocación adulta. Desarrolló su apostolado durante muchos años en Baracaldo, muy estimado y querido no sólo por sus mejores alumnos, sino también por los más atrasados de la clase, por haberlos sacado de su mediocridad con su incansable solicitud (en aquellos lares teníamos 60 alumnos).

Demostró un amor filial a Don Bosco y a la Congregación.

Mis queridos colegas: sigamos fieles las enseñanzas de Don Bosco con la sonrisa en los labios y con el optimismo en el corazón».

Dice un escritor contemporáneo que «la manera mejor de decir mucho es hablar poco». También nosotros creemos que lo mejor será hacer silencio y dejar que su gran figura, hecha recuerdo, nos siga hablando a todos los que tuvimos la suerte de conocer y de convivir con este humilde, trabajador y sencillo Coadjutor Salesiano, que fue don Alfonso.

Estamos confiados de que habrá logrado completar la promesa de Don Bosco que ofrecía «pan, trabajo y paraíso», y de que el Señor habrá premiado pronto y con generosidad al siervo bueno y fiel. Con todo, lo confiamos a vuestro recuerdo, hecho oración.

LA COMUNIDAD SALESIANA DE CARABANCHEL,

Madrid, 24 de febrero de 1979

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Alfonso Martínez Díaz, Coadjutor en La Habana (Cuba), el 2 de julio de 1897. Murió en Madrid, el 21 de diciembre de 1978, a los ochenta y un años de edad y cuarenta y nueve de profesión religiosa.

